

sus vestidos de luto. Así recorrió las calles llenas de gente y de ciudadanos que juraban tomar venganza si le sobrevenia algún daño.

Antes de entrar en palacio volvióse conmovido hacia el pueblo y le pidió perdón si su gobierno no había satisfecho los deseos y esperanzas de la ciudad diciendo: que el riesgo en que se ponía por la defensa é integridad de la ciudad, bien podía haber borrado sus faltas pasadas. Entró Fivaller después de lo que acababa de decir al pueblo barcelonés, en palacio, y adelantándose solo á la cámara real llamó á la puerta.

Tres veces le preguntó el ujier si era Juan Fivaller, pues el rey enterado de lo que pasaba, había dado orden para negar la entrada á otro que no fuese él, y á las tres veces contestó Fivaller:

—Soy un canciller de la ciudad de Barcelona,— sin que ni el diese ni el portero pudiese arrancarle otra respuesta.

Entró entonces el ujier á participar lo que pasaba al rey y éste le contestó:

—Déjale entrar, que bien claro dice que es Fivaller su pertinacia.

Introducido á la presencia de Don Fernando inclinóse el canciller en ademán de besarle la mano, pero el rey enojado le dijo:

—¿Por qué adoráis á quién queréis obligar como vasallo con impuesto? Yo no soy el rey, vosotros lo sois, y superiores al rey, monstruosidad por cierto grande que el rey contribuya á sus súbditos.

Fivaller defendió con energía los derechos de la ciudad, recordó al rey sus juramentos, y le manifestó que todos los barceloneses estaban dispuestos á no ceder en su justo empeño.